

PARA VIVIR COMO RESUCITADOS... CON LA GRACIA DEL ESPÍRITU SANTO

Cristo ha resucitado verdaderamente, aleluya. Esta es la verdad que fundamenta nuestra fe. Estamos en Pascua. La Iglesia nos brinda cincuenta días para celebrarlo como un único y extenso día de fiesta: desde la vigilia Pascual hasta el domingo de Pentecostés, día conclusivo de la Pascua. Y cada domingo del año honramos la Resurrección del Señor al participar en la santa Misa, *“el memorial del Misterio pascual de Cristo. Cristo nos hace partícipes de su victoria sobre el pecado y la muerte, y da significado pleno a nuestra vida”*¹. Podemos decir que el domingo de Pascua hizo domingo todos los domingos. La resurrección de Cristo cambia todo, transforma nuestra vida. San Pablo, al hablar del bautismo, dice: *“Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva”* (Romanos 6, 4). Ante esta realidad, la acción de gracias a Cristo, que nos ha resucitado con él, se manifiesta en una alegría especial y en un compromiso de llevar esa vida digna a Cristo triunfante.

La fe en la Resurrección nos compromete a vivir como resucitados. Cristo nos ha resucitado con él para *“caminar en la vida nueva”*. *“No sirve de nada saber que el Resucitado está vivo si no vivimos como resucitados”*². Cada domingo celebramos el día en que Cristo ha vencido a la muerte y nos ha hecho partícipes de su vida inmortal. Es una Pascua semanal en la que Dios nos invita a dar un paso adelante en nuestra vida nueva. ¿Cómo será posible corresponder a su llamada? *“Es el Espíritu el que hace que Jesús viva y renazca en nosotros, el que nos resucita por dentro”* (ref. nota 2). *“A través de la celebración eucarística, la acción del Espíritu Santo nos hace partícipes de la misma vida de Dios, que transforma todo nuestro ser mortal y nos llena de su eternidad”* (ref. nota 1). A pesar de nuestra poca cosa, somos barro, llegaremos a vivir como resucitados, aquí en la tierra, si frecuentamos el trato con el Espíritu Santo y somos dóciles a su acción en nosotros. *“El Espíritu Santo constituye el alma, la savia vital de la Iglesia y de cada cristiano”*³.

El Espíritu Santo es el Don de Dios

Es el momento de la despedida, el Jueves Santo. Jesús consuela el ánimo de los apóstoles que estaban entristecidos con el anuncio de su muerte, de su partida: *“Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros eternamente”* (Juan 14, 16). Y más adelante, afirmará: *“más yo os digo la verdad: os conviene que me vaya, pues si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros. En cambio, si yo me voy os lo enviaré”* (Juan 16, 7). Por cinco veces les promete el don del Espíritu Santo.

A los apóstoles les resultaría increíble escuchar esta afirmación de Jesús: *“os conviene que me vaya”*. ¿Quién es ese personaje tan importante, que con su presencia compense la pérdida del Maestro? Sabemos que es el Amor divino, el sublime don que se hacen el Padre y el Hijo. *“Dios es Amor”* (1 Juan 4, 16) y ha querido compartirlo con los hombres que lo acepten libremente; es el gran regalo, que contiene en sí todos los dones. Y *“Dios lo ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado”* (Romanos 5, 5).

En la tarde del Domingo de Pascua, el Resucitado se presenta en el Cenáculo donde estaban los apóstoles y discípulos reunidos e infunde el Espíritu prometido el Jueves Santo: *“¡Recibid el Espíritu Santo!”* (Juan 20, 22). También les dirá: *“Mirad, yo voy a enviar sobre vosotros la promesa de mi Padre; vosotros, por vuestra parte, quedaos en la ciudad (Jerusalén) hasta que os revistáis de la fuerza que viene de lo alto”* (Lucas 24, 49). Cincuenta días después, en la fiesta de Pentecostés, otra vez en el Cenáculo, el Espíritu Santo irrumpe con sus gracias y *“se llenaron todos de Espíritu Santo”* (Hechos 2, 4). Los allí reunidos fueron transformados por *“el poder de lo alto”*. *“Los discípulos, que al principio estaban llenos de miedo, atrincherados con las puertas cerradas también después de la resurrección del Maestro, son transformados por el Espíritu y <dan testimonio de Jesús> (cf. Juan 15, 27). De vacilantes pasan a ser valientes y, dejando Jerusalén, van hasta los confines del mundo. Llenos de temor cuando Jesús estaba con ellos; son valientes sin él, porque el Espíritu cambió sus corazones”*⁴. Esta es nuestra fe y esperanza: invocar al Espíritu Santo, abrir el alma a sus dones,

¹ Francisco, Audiencia (22.11.2017).

² Francisco, homilía fiesta de Pentecostés (9.06.2019).

³ Francisco, Audiencia (9.04.2014).

⁴ Francisco, homilía fiesta de Pentecostés (20.05.2018).

ser dóciles a sus inspiraciones. Buscar la sinergia con Dios, que nos hace más buenos y bellos, mejores. Y la vida, amable.

Pentecostés, réplica de la Navidad

En la Navidad Dios se hizo hombre. En la persona de Jesús, divinidad y humanidad se unieron misteriosamente. *“Jesucristo, a causa de su amor superabundante, se ha convertido en lo que somos para convertirnos en lo que Él es”*⁵. El Hijo de Dios vino al mundo para conceder a los que le reciban y crean en Él, *“el poder de ser hijos de Dios”* (Juan 1, 12). San Pablo afirma que en Cristo *“habita la plenitud de la divinidad corporalmente, y por él, habéis obtenido vuestra plenitud”* (Colosenses 2, 9-10); que el hombre regenerado por el Espíritu Santo *“es templo de Dios y mora en nuestra alma”* (ref. 1 Corintios 6, 19).

En Pentecostés se cumplió visiblemente la misión que Jesús ha venido a realizar. Los discípulos se llenaron de Espíritu Santo, y unos tres mil de los que oyeron aceptaron el anuncio de Pedro y recibieron el bautismo *“en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo”* (Hechos 2, 38). Se cumplió la profecía: *“os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Os infundiré mi espíritu, y haré que caminéis según mis preceptos, y que guardéis y cumpláis mis mandatos”* (Ezequiel 36, 26-27). En Pentecostés Dios derramó el Espíritu Santo que tomó posesión del mundo entero, y así recibió la salvación que Cristo resucitado nos mereció. Su gracia actúa en nosotros haciéndonos agradables a los ojos de Dios, al descubrir la imagen de su Hijo predilecto, Jesús, en nuestro interior. Su gracia nos llena del amor con que Dios nos ama y con el que nos hace capaces de amarle a Él y al prójimo. Dios no es amo, sino Padre, y los demás, hermanos en Cristo. Es una capacidad nueva de amar. El cristiano no es movido por el temor al castigo divino, sino por el amor incondicional y fiel de Dios. Es atraído, no coaccionado.

*“En la Navidad celebramos el nacimiento humano del Hijo de Dios; en Pentecostés, el nacimiento de los hombres a la vida divina. Navidad: fiesta del Hombre-Dios; Pentecostés, fiesta de la humanidad divinizada”*⁶. Dios envía su Espíritu para recrear a los hijos de Adán y Eva, elevándolos a la dignidad de hijos adoptivos de Dios. Es el milagro que Cristo conquistó: a nosotros, esclavos del pecado, nos hizo libres, nos curó. Soy libre, soy hijo, el Padre me ama y yo amo al Padre. Admirémonos de tal suerte, *“conoce, oh cristiano, tu dignidad”* (San León Magno), *¡considerad el honor que se os hace en este misterio!* (San Máximo). Esta es la santidad de vida a la que estamos convocados: *“la santidad no es una prerrogativa sólo de algunos: la santidad es un don ofrecido a todos, ninguno excluido, por lo cual constituye el carácter distintivo de todo cristiano”*⁷.

Es la labor de santificación, de divinización del Espíritu Santo en el bautizado: *“su acción, que penetra lo íntimo del alma, hace apto al hombre para responder a aquel precepto de Cristo: <Sed perfectos como también es perfecto vuestro Padre celeste> (cf Mateo 5, 48)”*⁸. *“Preguntar a un catecúmeno, <¿quieres recibir el Bautismo?>, significa al mismo tiempo preguntarle, <¿quieres ser santo?> Significa ponerle en el camino del Sermón de la Montaña: <Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial> (Mateo 5, 48)”*⁹. Vivir como resucitados es la vida bautismal “en serio”, no solo pensada y creída, sino vivida y anunciada con el testimonio y las palabras. No solo en teoría, sino en la práctica diaria. *“¡No pensemos que es algo difícil, que es más fácil ser delincuentes que santos! No. Se puede ser santos porque nos ayuda el Señor”*¹⁰.

El Espíritu Santo, dador de vida

Al rezar el Credo afirmamos del Espíritu Santo que da la vida. ¿Qué vida nos da? Es la vida divina, la vida de Cristo. Una vida sobre natural, no una vida natural plus. Seguimos siendo pecadores pero capaces de ser hijos de Dios en Cristo y vivir como tales. *“Cuantos se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios”* (Romanos 8, 14). Nos recrea a una vida nueva en la tierra que alcanzará su plenitud en el Cielo.

⁵ San Ireneo de Lyon, prefacio del Libro V contra la herejías

⁶ Georges Chevrot, La victoria de la Pascua capítulo XXVII.

⁷ Francisco, Audiencia (19.11.2014).

⁸ San Pablo VI, Credo del Pueblo de Dios n. 13 (30.VI.1968).

⁹ San Juan Pablo II, carta apostólica “Al comienzo del nuevo milenio” n. 31 (6.01.2001).

¹⁰ Francisco, Audiencia (21.06.2017).

A lo mejor habéis escuchado el siguiente relato. Un personaje decide investigar quién es el más fuerte. Pensó en el hierro y le preguntó: ¿Eres el más fuerte? Este dice: no, es más fuerte el fuego porque me funde en la fragua. Pregunta al fuego, y dice: no, es el agua porque me apaga con sus gotas. Pregunta al agua, y dice: no, es el sol porque me evapora con su calor. Pregunta al sol, y dice: no, es la nube porque neutraliza mis rayos. Pregunta a la nube, y dice: no, es la montaña porque me divide si intento atravesarla. Pregunta a la montaña; y dice: no, es el hombre porque me escala y conquista, y demuele con sus herramientas. Pregunta al hombre, y dice: no; es la muerte porque ella da fin a mi vida. Pregunta a la muerte, y sorprendentemente dice: lo fui, pero desde hace siglos, no. Interrogada explica que un hombre que era Dios le despojó de su poder. Ese hombre se llama Jesús, concluyó. Jesús con su muerte en la Cruz ha destruido nuestra muerte, con su resurrección gloriosa restauró la vida¹¹.

San Pablo habla del Cristo que debe *“formarse”* en nosotros (Gálatas 4, 19). Dice también que, en el bautismo, el cristiano *“se reviste de Cristo”* (Romanos 13, 14); tiene lugar un 2º nacimiento, a la vida sobrenatural en Cristo. En las aguas del bautismo morimos al pecado para renacer a la vida del Espíritu. Es una acción misteriosa pero real. El alma recibe un sello imborrable. Somos hechos cristianos, propiedad de Dios, hijos suyos. La gracia del Paráclito nos hace *“graciosos”* ante la mirada de Dios. *“La gracia santificante en el alma hace que Dios, de una manera grande y misteriosa, se vea en nosotros y, en consecuencia, nos ame. Y puesto que esta gracia nos ha sido ganada por Jesucristo y por ella estamos unidos a Él, la compartimos con Cristo, y Dios, en consecuencia, nos ve como a su Hijo, y cada uno de nosotros se hace hijo de Dios”*¹². San Pablo afirma: *“la prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre!”* (Gálatas 4, 6). Los bautizados somos invitados a entrar en el hogar divino y experimentar el infinito amor que reina: *“¡Alegrémonos y demos gracias: hemos sido hechos no solamente cristianos, sino Cristo (...). Pasmaos y alegraos: hemos sido hechos Cristo!”* (san Agustín). De derecho, por gracia de adopción, somos hijos, pero de hecho lo llegamos a ser gracias a la acción del Espíritu Santo que continúa en la vida. En Pascua, desea renovar esa vida en nosotros; llama a la puerta del alma para entrar y llenarnos de sus dones.

¿Dónde nos da el Espíritu Santo tal vida?

En los sacramentos principalmente, donde el Espíritu Santo nos pone en Comunión con Cristo. El Paráclito es *“el artífice de las <obras maestras de Dios> que son los sacramentos de la Nueva Alianza”*¹³. Por eso, la Iglesia nos manda unos mínimos para que no nos quedemos sin la gracia del Espíritu Santo: oír misa entera los domingos y fiestas de guardar; confesar los pecados mortales al menos una vez cada año, en peligro de muerte o si se ha de comulgar; comulgar al menos por Pascua de Resurrección. Sin la Eucaristía, sin la Confesión... sin la Confirmación, sin la Unción de enfermos, sin el Matrimonio, llevar una vida de resucitados es insostenible, está fuera del alcance de nuestras solas fuerzas.

En la Palabra de Dios, que Él ha inspirado. En la oración, en la que nos acompaña con sus luces e inspiraciones e intercede por nosotros. En el sufrimiento aceptado en la unión con Cristo, en el que Él nos fortalece y consuela. En la Tradición, de la que los Padres de la Iglesia son testigos siempre actuales. En el Magisterio de la Iglesia, al que Él asiste para que enseñe la Verdad. En el testimonio de los santos, donde Él manifiesta su santidad y continúa la obra de la salvación. En los carismas y ministerios mediante los que se edifica la Iglesia. En los signos de vida apostólica y misionera¹⁴.

En su acción inesperada. Nuestro mundo post-cristiano se parece al mundo pre-cristiano en el que nuestros primeros hermanos vivieron su fe y la anunciaron. Por eso no extraña que el Espíritu Santo actúe en muchos por caminos extraordinarios, es decir, diferentes a los que antes señalamos. Las historias de conversiones son abundantes ahora como lo fueron entonces; algunas han sido objeto de libros, otras, las más, de relatos breves o videos que se encuentran en internet¹⁵. Conocerlas nos ayudan a elevar el corazón

¹¹ Ref. Prefacio I de Pascua.

¹² Leo J. Trese, La Fe explicada.

¹³ Catecismo de la Iglesia Católica n. 1091.

¹⁴ Catecismo de la Iglesia Católica n. 688.

¹⁵ Marcos Felipe, un joven de 21 años de Picanya (Valencia), recibió el bautismo en la pasada Vigilia de Pascua. Fue testigo de cómo una simple invitación puede cambiar "toda una vida por completo". <https://www.religionenlibertad.com/personajes/875056824/fue-hora-santa-hakuna-bautizo-sabado-santo.html>. Raquel, de San Fernando (Cádiz), casada, madre de dos hijos. Su vida dio un giro radical cuando un

en acción de gracias; a renovar la fe y la esperanza en que *“la mano del Señor no es tan débil que no pueda salvar, ni su oído tan duro que no pueda oír”* (Isaías 59, 1); a tratar asiduamente al Espíritu Santo para que con su luz y fuerza conozca, ame e imite libremente a Cristo. Que el sentido de mi vida sea ese.

Una petición del papa Francisco

*“Me gustaría hacerles una pregunta a todos ustedes: ¿Cuántos de ustedes rezan cada día al Espíritu Santo, eh? ¿Serán pocos, pocos, unos pocos, pero nosotros tenemos que cumplir este deseo de Jesús y orar cada día al Espíritu Santo para que abra nuestros corazones a Jesús. Invoquémosle con más frecuencia, para que nos guíe en el camino de los discípulos de Cristo. Invoquémosle todos los días. Les hago esta propuesta: invoquemos cada día al Espíritu Santo. ¿Lo harán? No oigo, eh, ¡todos los días! Y así el Espíritu nos acercará a Jesucristo”*¹⁶. Para facilitararlo, a continuación incluyo algunas oraciones al Espíritu Santo. Si las meditamos aprenderemos cómo el Maestro divino actúa en el alma. Podemos recitarlas, completa o parcialmente, y así, tratarle y aceptar sus dones. Dejará de ser el gran desconocido de la Trinidad.

Secuencia Ven Espíritu Santo: Ven, Espíritu Santo, y envía del Cielo un rayo de tu luz. Ven, padre de los pobres, ven dador de gracias, ven luz de los corazones. Consolador magnífico, dulce huésped del alma, su dulce refrigerio. Descanso en la fatiga, brisa en el estío, consuelo en el llanto. ¡Oh luz santísima! Llena lo más íntimo de los corazones de tus fieles. Sin tu ayuda, nada hay en el hombre, nada que sea bueno. Lava lo que está manchado, riega lo que está árido, sana lo que está herido. Dobra lo que está rígido, calienta lo que está frío, endereza lo que está extraviado. Concede a tus fieles, que en Ti confían tus siete sagrados dones. Dales el mérito de la virtud, dales el puerto de la salvación, dales la felicidad eterna.

Oración al Espíritu Santo: ¡Ven oh Santo Espíritu!, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor. Envía tu Espíritu y serán creados. Y renovarás la faz de la tierra. **Oración:** ¡Oh Dios que has instruido los corazones de los fieles con la luz del Espíritu Santo!, concédenos según el mismo Espíritu conocer las cosas rectas y gozar siempre de sus divinos consuelos. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Himno Veni Creator: Ven, Espíritu Creador, visita las almas de tus fieles y llena de la divina gracia los corazones, que tú mismo creaste. Tú eres nuestro Consolador, don de Dios Altísimo, fuente viva, fuego, caridad y espiritual unción. Tú derramas sobre nosotros los siete dones; tú, el dedo de la mano de Dios; tú, el prometido del Padre; tú, que pones en nuestros labios los tesoros de tu palabra. Enciende con tu luz nuestros sentidos; infunde tu amor en nuestros corazones; y, con tu perpetuo auxilio, fortalece nuestra débil carne. Aleja de nosotros al enemigo, danos pronto la paz, sé tú mismo nuestro guía, y puestos bajo tu dirección, evitaremos todo lo nocivo. Por ti conozcamos al Padre, y también al Hijo; y que en ti, Espíritu de entrambos, creamos en todo tiempo. Gloria a Dios Padre, y al Hijo que resucitó, y al Espíritu Consolador, por los siglos infinitos. Amén.

Oración compuesta por san Josemaría Escrivá (abril de 1934): ¡Ven, oh Santo Espíritu!: ilumina mi entendimiento, para conocer tus mandatos: fortalece mi corazón contra las insidias del enemigo: inflama mi voluntad. He oído tu voz, y no quiero endurecerme y resistir, diciendo: después..., mañana. *“Nunc cæpi!”* ¡Ahora!, no vaya a ser que el mañana me falte. ¡Oh, Espíritu de verdad y sabiduría, Espíritu de entendimiento y de consejo, Espíritu de gozo y paz!: quiero lo que quieras, quiero porque quieres, quiero como quieras, quiero cuando quieras...

Oración compuesta por el cardenal Verdier: Oh Espíritu Santo, Amor del Padre, y del Hijo, inspírame siempre lo que debo pensar, lo que debo decir, cómo debo decirlo, lo que debo callar, cómo debo actuar, lo que debo hacer, para gloria de Dios, bien de las almas y mi propia Santificación. Espíritu Santo, dame agudeza para entender, capacidad para retener, método y facultad para aprender, sutileza para interpretar, gracia y eficacia para hablar. Dame acierto al empezar dirección al progresar y perfección al acabar. Amén.

Ojalá vislumbremos el gran poder que Dios nos da a través de la acción amorosa del Espíritu Santo: vivir como resucitados. Si le tratamos, si somos dóciles a su acción, Dios-en-nosotros, nos llena de vida, de la vida de Cristo; seremos “cristoactivos”, conformados con Cristo y portadores de Cristo. San Pablo lo dice claramente: *“Ya no soy yo quien vivo. Es Cristo quien vive en mí”* (Gálatas 2, 20). El fruto incomparable que el Espíritu Santo, en unión con el Padre y el Hijo, ha producido en esta tierra es la Santísima Humanidad de

lama, un maestro espiritual del budismo, le dijo que tenía que ir a Misa todos los días. <https://opusdei.org/es-es/article/lama-budismo-misa-conversion/>

¹⁶ Francisco, Audiencia (15.05.2013).

Cristo. Jesús es nuestro modelo. Esa unión con él a través del Espíritu Santo es el regalo del Resucitado. Identificados con Jesús, viviendo conforme al espíritu de las bienaventuranzas, dejaremos con nuestra vida ese buen olor de Cristo. Eso es la santidad. Es el gran poder de los cristianos que conlleva una gran responsabilidad, transformar este valle de lágrimas en jardín de Dios. *“Es el gran regalo que cada uno de nosotros puede devolver al mundo”*¹⁷.

¹⁷ Francisco, Audiencia (21.06.2017).